

# Inclusión partidista y exclusión cultural en Colombia: pistas para comprender su relación

## María Emma Wills Obregón

Profesora del Instituto de Estudios  
Políticos y Relaciones Internacionales,  
IEPRI, Universidad Nacional  
de Colombia

*El conservatismo y el liberalismo, como están constituidos (...) son una arbitraria supervivencia que hará crisis más o menos tarde (...) Cuando sea imposible para una gran masa de ciudadanos vivir sometidos a una disciplina partidista que imponga el sacrificio de la libertad de opinar sobre las materias más graves y de mayor interés para la Patria, esa opinión flotará de un partido a otro (...) y los utilizará a ambos como lo que deben ser: como instrumentos para realizar programas administrativos, y no sectas religiosas inmovibles, sin finalidad determinada, a los cuales se incorporen los colombianos para odiarse recíprocamente, no por los resultados del juego, sino por el juego mismo.*

Alfonso López Pumarejo<sup>1</sup>

EL SIGUIENTE ENSAYO ES UN PRIMER ESFUERZO por comprender la relación que se ha establecido en Colombia entre las esferas política y cultural. El interés por interpretar el vínculo entre política y cultura está motivado por la preocupación que la degradación del conflicto armado colombiano suscita, y en una intuición-apuesta: quizás al indagar por la manera como ciertos aspectos de la política y la cultura se han ido entretejiendo en el país, emerjan algunas pistas para comprender por qué los colombianos no han logrado transitar de la confrontación violenta a la tramitación dialogada de sus conflictos, y más precisamente, por qué, a pesar de la persistencia de procesos electorales, actores políticamente significativos siguen optando por el uso de las armas.

<sup>1</sup> Citado en: González, Fernán. "Legislación y comportamientos electorales: evolución histórica". En: González, Fernán. *Para leer la política*. Tomo I. Bogotá: Cinep, 1997, p. 145.

## CULTURA Y POLÍTICA EN COLOMBIA: HIPÓTESIS Y PERIODIZACIÓN

La hipótesis central de este ensayo es que en Colombia, luego de la Independencia, entre las esferas política<sup>2</sup> y cultural<sup>3</sup> se produjeron disonancias, algunas veces matizadas, y en otras muy agudas: si por un lado las prácticas políticas promovieron la construcción de redes

multiclasistas de tipo clientelista que permitieron la inclusión de los sectores populares al mundo de las pasiones y las componendas partidistas, por el otro, las representaciones culturales sobre la autoridad y el prestigio social promovidas por las elites político-intelectuales legitimaron una distinción entre política profana<sup>4</sup> y gran política<sup>5</sup> que justificó la exclusión de los otrora incluidos.

- <sup>2</sup> En este trabajo se entiende por esfera política el campo donde variados actores negocian las reglas explícitas del juego político –Constituciones, Derecho, leyes–, el andamiaje institucional y la orientación general del Estado. Este último aspecto remite a pensar la política como una actividad que articula el presente a una visión colectiva de futuro deseable, y formula caminos para orientar las energías nacionales hacia su consecución. Además de este aspecto, lo político incluye la manera como los actores ponen en práctica esas reglas de juego y luchan por el acceso a los altos cargos del Estado a través de hábitos y destrezas tanto de tipo formal como informal.
- <sup>3</sup> La esfera cultural se define como el ámbito de las representaciones que los actores políticos y sociales construyen (y que los construyen) sobre la realidad y el orden, y sobre el lugar que ellos y los demás ocupan en el mundo; los actores internalizan estas representaciones hasta tal punto que las viven como si ellas fuesen naturales y obvias, y por tanto de cierta manera incuestionables. Las representaciones constituyen las categorías sociales relevantes en un orden, delimitan su contenido imputándole un conjunto de atributos, y producen las fronteras para distinguir unas categorías de otras. Las representaciones no son políticamente neutrales en la medida en que establecen *jerarquías e inclusiones y exclusiones* de y entre las categorías. De allí su nexa inexorable con el poder. Mientras las representaciones imputan rasgos denigrantes a unas categorías, a otras las asocian con atributos elogiosos generando jerarquías de índole moral, estética y política. Además de estas escalas, las representaciones asimilan un cierto tipo de categorías con esferas específicas, ellas también evaluadas según su grado de autoridad, prestigio y poder. En otras palabras, las diferencias construidas culturalmente justifican por lo general la desigualdad social y política, y el acceso privilegiado de unas categorías específicas a los cargos de poder y autoridad. Por ejemplo, con el advenimiento de la Modernidad, la democracia se vio asociada a tres categorías centrales: la Nación, la ciudadanía y el pueblo. A pesar de que las tres se conciben muchas veces como construcciones políticamente neutrales, las representaciones que sobre ellas tejen las elites y los sectores populares en los distintos países, cada uno a su manera, definen fronteras y rasgos que se asocian e incluyen específicamente a ciertas categorías, mientras simultáneamente excluyen otras. La competencia entre actores por imponer sus representaciones hace que la cultura, lejos de ser un terreno idílico, se constituya en una esfera conflictiva y diversa. Por lo demás, las diferencias culturales no se dirimen en un terreno neutral: las instituciones estatales y los medios de comunicación refrendan y ponen a circular ciertas representaciones, e invisibilizan o censuran otras convirtiendo ciertos conjuntos de representaciones en dominantes y otros en subalternos. Véanse Gramsci, Antonio. *Selections from the Prison Notebooks*. Londres: Lawrence and Wishart, 1982. Hall, Stuart. "Cultural Studies: Two Paradigms". En: Dirks, Nicholas, Geoff Eley y Sherry Ortner (editores). *Culture / Power / History. A Reader in Contemporary Social Theory*. Princeton: Princeton University Press, 1994, pp. 155-200. Bourdieu, Pierre. "Structures, Habitus, Power: Basis for a Theory of Symbolic Power". En: Dirks, Nicholas, Geoff Eley y Sherry Ortner. Ob. cit., pp. 520 - 537. Fraser, Nancy. *Iustitia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición postsocialista*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores - Universidad de los Andes, 1997; Bourdieu, Pierre. *Language and Symbolic Power*. Cambridge: Harvard University Press, 1991.
- <sup>4</sup> Por política profana se entienden aquellas actividades diarias de intercambio, negociación y cabildeo, pero también aquellas realizadas en torno a campañas y elecciones, todas conducentes a mantener las redes políticas vivas, y a las bases conectadas con caciques, manzanillos y jefes de partido. Su sello distintivo es su naturaleza multiclasista, y el hecho de que se realiza en las calles, las tiendas de la esquina, los salones comunales, la escuela local o la plaza pública, todos lugares de acceso abierto. A pesar de que parecería que esta política sólo está relacionada con el intercambio de bienes por votos, a través de ella también se ponen a circular ideas, programas, propaganda, símbolos, emblemas, cartillas cívicas, que van creando un sentimiento de pertenencia no sólo a la red política concreta sino también a una "comunidad imaginada" de copartidarios.
- <sup>5</sup> Es aquella reservada para los "líderes naturales" de las grandes colectividades, que se realiza a "puerta cerrada", en los salones o clubes de la elite social, y que sigue rituales y un código de estilo propios. Es allí donde se toman decisiones de Estado, donde se define la orientación de la política económica del país.

Levantadas sobre representaciones que asociaron el ejercicio de la autoridad y el poder con el manejo de las letras, un sexo en particular y una raza en especial, las barreras de entrada a la gran política se mantuvieron para distinguir a los “jefes naturales” de las dos grandes colectividades políticas de gamonales, manzanillos y caciques locales, y de sectores populares a veces demasiado bulliciosos. Por lo demás, estas representaciones ayudaron a trazar los contornos de una nación en proceso de ser imaginada: la gran política se asoció a las gestas de aquellos héroes escogidos para imprimirle su carácter a la Nación. De esta manera, el régimen político colombiano, en sus orígenes, no puede ser descrito de un tajo como excluyente y elitista, o por el contrario, como democrático e incluyente. Lo paradójico es que fueron justamente ambas cosas, y la simultaneidad de estos procesos le otorgan, en parte, la singularidad a la trayectoria política colombiana.

La combinación de inclusión clientelista/exclusión cultural explica de alguna manera la inestabilidad del orden y la dificultad que los sectores populares enfrentaron para formular un proyecto propio desde el cual negociar con las elites bipartidistas unas reglas del juego político y un modelo de desarrollo. Incorporados muy tempranamente a las redes clientelistas, los sectores populares<sup>6</sup> prontamente se politizaron, y en circunstancias excepcionales desempeñaron un papel activo exigiendo derechos y reconocimientos, y otorgando sus propios significados a nociones centrales como las de democracia, ciudadanía

y pueblo. Sin embargo, estas expresiones de autonomía y rebeldía no lograron confluír y culminar en la construcción de una identidad política propia, situación que en parte fue propiciada por la posición confusa que ellos ocuparon dentro del nuevo orden social. Excluidos de los escenarios de la gran política reservados para la gente “*comme il faut*”, los sectores populares se situaron en un lugar –adentro y afuera del régimen– desde donde les fue difícil nombrarse claramente, enunciar su malestar y promover proyectos propios. En otras palabras, los sectores populares se confundieron demasiado con las elites por la vía de las redes clientelistas, y a la vez se distinguieron, o los distinguieron, de manera tan tajante de los “cultos”, que no fueron ni “lo mismo” como para tener los mismos derechos de opinión y decisión política que los “de arriba”, ni tan distintos como para percibirse a sí mismos como “otros” y articular de manera autónoma una visión propia del mundo.

El partido liberal justamente representó un papel de bisagra entre el afuera y el adentro, entre lo popular y las elites, que contribuyó a esa confusión. En su interior se desarrolló una corriente igualitarista que infortunadamente fue derrotada en varias coyunturas clave, bajo el influjo de otras vertientes liberales, unidas muchas veces al conservatismo. A pesar de las semi-traiciones implícitas en estas derrotas políticas, la memoria de las bases populares liberales se construyó alrededor de las gestas y las luchas heroicas por la igualdad que las corrientes derrotadas del partido lideraron. Más que evaluar al liberalismo sobre la

<sup>6</sup> En contravía de una tradición marxista que asumió a la clase obrera como el sujeto central de una acción política transformadora, este trabajo parte del supuesto de que un orden social está cruzado por relaciones de explotación, y simultáneamente por múltiples y heterogéneas relaciones de subordinación, producto del uso discriminatorio de diferencias étnicas, de género, de raza, de generación o de orientación sexual. Por otra parte, las relaciones de subordinación no son equivalentes ni garantizan la existencia de sectores populares. La diferencia estriba en que hay arreglos de género o de raza que subordinan (lo femenino / lo negro a lo masculino/ lo blanco), pero no todas los sectores populares son de origen o se identifican con lo popular. Lo que distingue a los sectores populares de otros actores es que confluyen alrededor de un discurso político que crea un sujeto político –el pueblo–, que lucha simultáneamente por conquistar una igualdad social y económica, y contra diversas formas de subordinación. Así entendidos los sectores populares, no sólo se refieren a los obreros sino que pueden incluir indígenas, negritudes, desempleados, intelectuales, clases medias, siempre y cuando estos sectores se representen a sí mismos como populares y se sientan parte de un campo político compartido, el de lo popular, claramente diferenciado del campo de las oligarquías. Laclau, Ernesto. *Politics and Ideology in Marxist Theory*. Londres: Verso, 1983, y Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe. *Hegemony and Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Politics*. Londres, Nueva York: Verso, 1987.

base de las políticas públicas ejecutadas por el partido cuando gobernó, los liberales de base eligieron recordar los gestos solidarios y el empeño igualitarista de algunos de sus líderes. La memoria es selectiva; de ahí el fuerte arraigo electoral de esta colectividad.

Además de esta inclusión trunca o exclusión a medias, en Colombia la relación entre política y cultura estuvo mediada por el papel que la Iglesia católica desempeñó en el andamiaje político. En general, aun bajo regímenes modernos, las iglesias, como instituciones que promueven representaciones culturales, siguen ejerciendo un rol político importante, pero siempre de manera indirecta. En Colombia, esta sutil intervención se vio remplazada por una injerencia *directa en política*: en circunstancias críticas, la Iglesia católica convirtió al púlpito, sin ambages, en una mediación política. Bajo su influjo, los colombianos adoptaron representaciones de la política más cercanas a la guerra que al debate, poco propicias a la negociación, la cooperación y el consenso. Por esta razón, por momentos, las filiaciones partidistas terminaron asemejándose, más a ejércitos de creyentes que a organizaciones seculares.

Además de la tesis general sobre las disonancias entre política y cultura, el presente trabajo pretende también caracterizar muy esquemáticamente los momentos por los que atravesó la distinción entre política profana y gran política. En un primer momento (1850-1920) se construyeron las prácticas clientelistas y las representaciones culturales que darían pie a esa curiosa combinación de inclusión-exclusión que acompañaría la formación de la democracia colombiana. Hasta 1886, las barreras de distinción entre la gran política y la política profana tendrían una consistencia *porosa*, propiciada en parte por el esquema federal que asumió el Estado a partir de 1863. La Regeneración modificaría esta situación transformando la porosidad en barrera. Si, por un lado, las prácticas clientelistas de tipo multiclasista decantadas durante períodos anteriores se mantuvieron, por el otro, la Regeneración produjo nuevas reglas políticas que refrendaron institucionalmente las

representaciones elitistas sobre la autoridad, el prestigio social y el poder. De esta manera, reglas y representaciones, retroalimentándose mutuamente, promovieron una distinción *tajante* entre gran política y política profana.

El segundo momento (1920-1986), el de una *disolución gradual pero anómica de las barreras*, se inaugura en los años veinte bajo la presión de un ciclo de movilizaciones sociales y la fundación de corrientes de izquierda. Estos y otros procesos (las corrientes lopistas y gaitanistas) contribuirían a romper las barreras de distinción y a promover la entrada de los sectores populares a los espacios más venerables del poder. Más tarde, en la década de los sesenta, cuando las representaciones culturales que sostenían las barreras de entrada a la gran política comenzaron a derruirse bajo el influjo de otras fuerzas –urbanización acelerada, secularización, expansión de la educación y de los medios masivos de comunicación–, la entrada de los sectores populares a los espacios más sacros del poder no vino de la mano de una identidad cohesionada en torno a un proyecto político propio. Intentos como los del MRL o la Anapo también fracasaron. De esta manera, la masificación de la gran política, la entrada de los políticos de “carrera”, de aquellos no ungidos por el aura de la cultura culta, se hizo por la vía de las distintas redes políticas a las que pertenecían. Mimetizados en un liberalismo y un conservatismo ideológicamente diluidos, esos “no presentables”<sup>7</sup> no cambiaron sustancialmente las reglas del juego político ni aportaron a este campo proyectos de desarrollo y de Estado propios. Su llegada no implicó, por tanto, remezones profundos en las estructuras del poder político.

Finalmente, los procesos de apertura del régimen asociados a la descentralización política (1986) y la aprobación de la Carta Constitucional de 1991 marcan el inicio del último momento –*la reparación en entredicho (1986-2002)*– en el que se inscribe la coyuntura actual. A pesar de sus buenas intenciones, y a juzgar por el impacto que han tenido, la descentralización y la nueva Constitución no han logrado desencadenar los

<sup>7</sup> Fue Francisco Gutiérrez quien por primera vez enunció la división que intentan reconstruir las elites para distinguirse de los políticos de origen popular: el espacio público estaría dividido entre los “presentables”, con “capacidad de aparecer como respetables y con destrezas de alto estatus ante los medios de comunicación masivos...” y los “representables”, que ganan elecciones pero que no despliegan los rasgos necesarios para ser vistos como “presentables”. Gutiérrez, Francisco. *La ciudad representada. Política y conflicto en Bogotá*. Bogotá: Tercer Mundo Editores - IEPRI, 1998.

procesos de democratización que las animaron. Las nuevas reglas de juego y las nuevas representaciones de nación y ciudadanía no han suscitado la emergencia de proyectos capaces de traducir, a términos políticos negociables, los múltiples conflictos que nutren la violencia colombiana. En un contexto global árido donde el discurso antipolítico se mueve con fuerza y en medio de múltiples escándalos de corrupción política, los intentos colombianos por configurar proyectos capaces de representar y ordenar las tensiones y los conflictos sociales naufragán. Hay que decirlo: la superación de las barreras de distinción entre gran política y política profana no ha cumplido hasta el momento la promesa democratizadora que encerraba. El resultado, poco halagador, no es sólo producto de unas condiciones coyunturales, sino que tiene que ver con las formas en que, en el largo plazo, se fueron articulando política y cultura en el país.

#### PRIMER MOMENTO (1850-1920): INCLUSIÓN POLÍTICA + EXCLUSIÓN CULTURAL

A quienes proclaman a voz en cuello que el régimen político colombiano ha sido y sigue siendo fundamentalmente excluyente, hay que recordarles que la historia del país y sobre todo la construcción de sus partidos políticos, demuestran lo contrario. Colombia, en contraste con sus vecinos del Norte y del Sur, ha sido excluyente, como lo han sido también ellos, pero —y ahí radica su singularidad—, paradójicamente también ha sido incluyente.

A diferencia de Perú, Ecuador o México, Colombia se caracteriza por la formación temprana

de sus partidos políticos; para 1850 ya podemos hablar de liberalismo y conservatismo. Estos partidos fueron los agentes de la formación de redes políticas estables que tejieron puentes entre élites y sectores populares de distintas regiones del país. Fueron estas colectividades partidistas también las que introdujeron a la vida política a pueblos y vecindarios de regiones apartadas, las que iniciaron campañas de educación cívica orientadas a la plebe, las que difundieron una imagen de ciudadano virtuoso entre las gentes del común, las que se dieron a la tarea de imprimir panfletos, cartillas, folletos y proclamas, las que movilizaron redes de compadres, amigos y copartidarios durante los períodos electorales<sup>8</sup> y las que politizaron a artesanos, arrieros y bogas<sup>9</sup>.

Evidentemente estos partidos no fueron del todo democráticos, como esperaríamos que lo fueran a principios del siglo XXI. Sin embargo, vistos dentro del contexto del siglo XIX latinoamericano, estas redes políticas fueron agentes eficientes de incorporación del mundo provincial y pueblerino al debate político. Esto no supone que estas fuerzas políticas trataran bien a indígenas, mulatos y negros, o que incorporaran a sus esferas de debate público las voces femeninas, pero sí que *politizaron* a grandes sectores de la población.

También hay que recordar que la política demostró ciertos márgenes de autonomía frente a las grandes élites económicas. Hacendados y comerciantes no controlaron enteramente la actividad política, sobre todo aquella que se jugaba en los terrenos de la guerra y de las urnas. Políticos advenedizos de provincia, muchas veces de extracción

<sup>8</sup> En Colombia, entre 1810 y 1886 hubo muchos procesos electorales. Sin embargo, la mayoría de ellos tenían un carácter indirecto y suponían restricciones censatarias y capacitarias al sufragio. Sin embargo, a pesar de estas restricciones, estos rituales electorales, muy frecuentes en el país, y las campañas que los acompañaban, sirvieron para instilar en muchos individuos lealtades y pasiones partidistas en la medida en que no todos votaban pero muchos sí participaban. Véanse Registraduría Nacional del Estado Civil. *Historia Electoral Colombiana*. Bogotá, s.f.; Posada Carbó, Eduardo. "Civilizar las urnas: conflicto y control en las elecciones colombianas, 1830-1930". En: *Boletín cultural y bibliográfico*. Vol. 32. No. 39. Bogotá: Banco de la República, 1995, pp. 3-26. González, Fernán. "Legislación y comportamientos electorales: evolución histórica". En: *Ob. cit.*, 1997, pp. 95-164.

<sup>9</sup> Malcolm Deas, en un ensayo sobre la política en el siglo XIX, justamente ilustra vívidamente cómo las gentes del común fueron incorporadas muy tempranamente a un debate político de dimensiones nacionales. Sin embargo, aceptando esta inclusión activa y multiclasista al debate político, este trabajo sostiene que las bases, politizadas mas no representadas, quedaban en la incómoda situación de pertenecer, pero en un lugar semejante al de un coro: para que pudiera repetir las arias de los tenores principales. Deas, Malcolm: "La presencia de la política nacional en la vida provinciana, pueblerina y rural de Colombia en el primer siglo de la República". En: Deas, Malcolm: *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1993, pp. 175-206. Aguilera, Mario y Vega, Renán. *Ideal democrático y revuelta popular: bosquejo histórico de la mentalidad política popular en Colombia, 1781-1948*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1998.

popular, empuñaron las armas o utilizaron los votos para defender reclamos colectivos, pero también para promoverse a sí mismos en el escalafón social<sup>10</sup>.

No obstante el éxito alcanzado por la inclusión, la política mostró dos tipos de límites: uno socio-geográfico y otro cultural. En cuanto a la dimensión socio-geográfica, es necesario señalar cómo algunas regiones –los “espacios vacíos” o “tierras calientes”<sup>11</sup> –, quedaron por fuera de las redes clientelares. De esta manera, mientras una porción del país entró en los juegos del poder partidista y en las reparticiones burocráticas, otra, nada desdeñable, quedó excluida o se excluyó<sup>12</sup>.

En cuanto al límite cultural, a partir de los procesos de centralización institucional que propició el arreglo regeneracionista de finales del siglo XIX, se consolidaron las fronteras entre la gran política y la política profana. Desde ese momento, la política cotidiana siguió siendo un ámbito incluyente y fluido, mientras la gran política se constituyó como una esfera protegida del barullo y el desorden por macizas fronteras culturales. Fue desde este último ámbito desde donde hablaron los “jefes naturales” de las dos grandes colectividades.

Frente a la implosión y la inestabilidad política suscitadas por el arreglo constitucional de Rionegro, la Regeneración representó un proyecto de centralización estatal y de búsqueda de cohesión y orden nacionales. Por un lado, homogeneizó la regulación fiscal, unificó para todo el país la legislación civil, penal y comercial,

y promovió la organización independiente electoral, pero por otro, en su afán de controlar el desorden suscitado por la competencia interregional, otorgó enormes poderes al centro en detrimento de la autonomía regional. De ahí en adelante los recaudos fiscales se centralizarían en Bogotá; desde la capital, el Presidente nombraría a los gobernadores, quienes a su vez designarían a los alcaldes; frente al cuerpo legislativo, terreno de expresión de los intereses regionales, se levantaría una rama ejecutiva fuerte con amplios márgenes de decisión. El centro, a través de este conjunto de dispositivos institucionales, se alzaría por encima de las regiones para imponer *su* orden: gamonales, manzanillos y caciques de provincia tendrían que rendirle pleitesía a los políticos del centro, los “jefes naturales”, porque de ellos, de sus decisiones y de sus preferencias dependía el aval político, la designación de cargos, la promoción en el escalafón público y la asignación de recursos fiscales<sup>13</sup>. Por lo demás, y no de manera gratuita, la Constitución de 1886 “regresó a los requisitos socioeconómicos para ser senador y presidente de la República”, y escalonó la participación electoral<sup>14</sup>.

Pero la Regeneración no sólo sería un proyecto de ingeniería institucional. La centralización que promovió vendría de la mano de una *propuesta cultural autoritaria*. Desde la mirada de sus gestores, centralizar implicaba unificar, y unificar, homogeneizar. En el lema consagrado en aquella época por la Academia de la Lengua, “una sola lengua, una sola raza, un solo Dios”<sup>15</sup>, se resume el

<sup>10</sup> Curiosamente, a pesar de las grandes diferencias de método, teoría y aun posición política, Deas y Pécaut concuerdan en este punto. Véanse Deas, Malcolm. Ob. cit. y Pécaut, Daniel. *Orden y violencia. Colombia 1930-1954*. Bogotá: Cerec y Siglo XXI editores, 1987.

<sup>11</sup> Éstos son espacios de frontera que fueron colonizados de muy diversa forma, “pero siempre de carácter espontáneo, autónomo, aluvional, más anárquico, un poco más libertario, que rechazaba los controles tanto de la Iglesia católica como del Estado colonial (...) Estas regiones permanecieron siendo conflictivas en los siguientes períodos de la historia del país”. González, Fernán “Poblamiento y conflicto social en la historia colombiana”. En: Ob. cit., pp. 71-94 y 74-77.

<sup>12</sup> Pécaut, Daniel. Ob. cit., y González, Fernán. Ob. cit.

<sup>13</sup> Wills, María Emma. “Del clientelismo de lealtad incondicional al clientelismo mercantil”. Trabajo sin publicar, 1989.

<sup>14</sup> “Los varones mayores de 21 años que ejerzan profesión, arte u oficio o tengan ocupación lícita u otro medio legítimo y conocido de subsistencia” elegían “directamente a los consejeros municipales y diputados a las asambleas, (...) los ciudadanos que supieran leer y escribir o tuvieran una renta anual de 500 pesos o una propiedad inmueble de 1.500 pesos elegían directamente a la Cámara y escogían electores que votarían en las elecciones de Presidente y Vicepresidente (...) Según Bushnell, la táctica principal de los conservadores era la aplicación arbitraria del requisito del alfabetismo”. González, Fernán. “Legislación y comportamiento electorales: evolución histórica”. En: Ob. cit., p. 130.

<sup>15</sup> Arocha, Jaime. Citado por Wade, Peter. *Gente negra, nación mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia*. Bogotá: Editorial Universidad de Antioquia - ICAN - Siglo del Hombre Editores - Ediciones Uniandes, 1997, p. 46.

proyecto político y la concepción de nación de las elites regeneracionistas: para ellas, la Nación, sujeto llamado a mantener la cohesión del orden, sería indivisible e indisoluble en su unidad al profesar un solo credo, el católico; los ciudadanos además serían concebidos ante todo como buenos cristianos. La divulgación de esta representación de la Nación estaría institucionalmente a cargo de una Iglesia católica reencauchada. Es por esta razón que el proyecto, plasmado en la Carta Constitucional de 1886 y su complemento, el Concordato<sup>16</sup>, vincularían la suerte del Estado al destino de la Iglesia, y establecerían informalmente una alianza entre la Iglesia y un partido político en particular, el Conservador.

Este arreglo institucional que buscaba irradiar el programa cultural de civilizar al país instilando en el pueblo un alma católica, tendría amplias repercusiones sobre el mundo de la política. Si bien en el siglo XIX los dos partidos, en parte, habían construido sus fronteras en torno a sus diferencias religiosas, en el siglo XX la alianza Estado-Iglesia-Partido Conservador le daría un énfasis mucho mayor a la cuestión de la fe. Como consecuencia de esta alianza institucional, el púlpito se convertiría durante el siglo XX, una y otra vez, en espacio de mediación partidista<sup>17</sup>.

Dentro de este régimen concordatario, algunos<sup>18</sup> de los discursos partidistas, al impregnarse de

resonancias religiosas, transformarían la contienda política en una arena, no tanto de negociación, controversia y transacción, como de polaridades, antagonismos absolutos y profundas intolerancias. Desde un mapa cultural así constituido, los opuestos no serían simplemente disidentes sino *enemigos impuros*, y los conflictos adquirirían visos de guerras santas. En parte, este entendimiento de la política como una confrontación de actores portadores de verdades absolutas, sigue hoy en día causando estragos bajo nuevos ropajes.

Además del énfasis puesto en la unanimidad religiosa y moral, y en la homogeneización racial, los regeneracionistas, con el beneplácito de dirigencias liberales y conservadoras, representarían a la gran política como una actividad que exclusivamente podrían ejercer las elites letradas. De allí que uno de los criterios para tener derecho a elegir fue el de saber leer y escribir<sup>19</sup>. En este sentido, más que fortunas, los grandes políticos deberían hacer gala de ciertas destrezas y manejar unos códigos de estilo particulares; por ejemplo, hacer un uso impecable de la lengua, manejar la gramática y el latín, y comportarse como caballeros, es decir vestirse y usar los modales considerados en la época como una marca de civilización y de distinción. Los “otros”, “los excluidos de este mundo, serían mirados por las elites letradas con una mezcla de condescendencia, desprecio y temor<sup>20</sup>”.

<sup>16</sup> Si algo caracteriza a Colombia frente a otros países de América Latina, es justamente el arreglo concordatario que firmara el gobierno de la Regeneración con la Santa Sede y que perduraría hasta 1993. A mediados del siglo XIX se firmaron algunos concordatos con Bolivia (1851), Guatemala y Costa Rica (1860), Honduras y Nicaragua (1861), Venezuela y Ecuador (1862), de corta duración. En México, país que siempre se opuso a mantener relaciones diplomáticas con la Santa Sede, éstas se formalizaron a comienzos de la década de 1990. “Concordato”. *Enciclopedia Microsoft Encarta 98*. Microsoft Corporation. 1993-1997, reservados todos los derechos.

<sup>17</sup> Véanse las cartas pastorales de Ezequiel Moreno citadas en: Palacios, Marco. *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia, 1875-1994*. Bogotá: Norma, Colección Vitral, 1995, p. 107.

<sup>18</sup> Se recalca lo de “algunos”, porque a la par que este arreglo era divulgado y utilizado por algunas elites políticas para marcar diferencias con el partido contrario, en los años veinte y treinta emergería una elite “convivialista” que buscaba minimizar las diferencias religiosas. Sin embargo, fue esta elite la que se vio derrotada por la Violencia. El término “convivialista” es usado por Alexander Wilde y Herbert Braun. Véanse Wilde, Alexander. “Conversations among Gentlemen: Oligarchical Democracy in Colombia”. En: Linz, Juan y Alfred Stepan, (editores). *The Breakdown of Democratic Regimes. Latin America*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1987; Braun, Herbert. *Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1987.

<sup>19</sup> Véase nota 21.

<sup>20</sup> Véanse Zambrano, Fabio. “Las contradicciones del sistema político colombiano”. En: *Análisis. Conflicto social y violencia en Colombia*. Documentos ocasionales No. 50. Número extraordinario. Bogotá: Cinep, 1988, pp. 19-27; Zambrano, Fabio. “El miedo al pueblo”. En: *Análisis 2. Conflicto social y violencia en Colombia*. Documentos Ocasionales No. 53. Número extraordinario. Bogotá: Cinep, 1989, pp. 13-19; Braun, Herbert. Ob. cit.; Deas, Malcolm. “Miguel Antonio Caro y sus amigos: Gramática y Poder en Colombia” y “Algunas notas sobre el caciquismo en Colombia”. En: Deas, Malcolm. Ob. cit.

De esta manera, si *muchos participaban en política, pocos eran los que decidían*<sup>21</sup>. Más aún, los que decidían sentían que pertenecían a un mundo tan cualitativamente superior al de los “otros”, que sus decisiones no requerían refrendación alguna. La gran política se concebía entonces como un mundo ajeno a la pequeña “barbarie” de los pueblos y provincias; un mundo alejado de los gustos populares “indecentes”; mundo blanco donde la razón ponderada de las ciencias debía prosperar imponiendo una cadencia y un estilo capaz de derrotar las bajas pasiones y los instintos viles que, según los ungidos, dominaban el universo de los excluidos. Al amparo del proyecto regeneracionista y de las representaciones que sobre la autoridad lo acompañarían, de sus arreglos institucionales y culturales, la gran política fue —y siguió siendo por algún tiempo— exclusivamente “una conversación entre caballeros”, y más precisamente aún, una conversación *de, sobre y para* caballeros<sup>22</sup>.

Esta inclusión y politización masiva vía redes políticas, simultánea a la exclusión producto de representaciones estrictamente elitistas del poder, explica en parte por qué la política, a la vez que incluía al mundo social popular, no lograba traducir enteramente sus pulsiones y esperanzas. Era, si se quiere, una *inclusión trunca*, que por lo demás bloqueaba una articulación propia de los sueños y reclamos de los de abajo, esos a quienes se les prohibía penetrar los lugares sacros del poder para *enunciarse* desde su propia voz.

La separación entre la gran política y la política de manzanillos y caciques tendría consecuencias de largo plazo. Por un lado, bajo su influjo se desarrollaría un clientelismo con dinámicas pro-

pias que se expresaría en las guerras y las urnas, y por otro se afianzaría una esfera política resguardada, lugar privilegiado y cerrado de las decisiones sobre las políticas de Estado. Mientras los gamonales y caciques tramitaban dispersamente demandas en sus regiones, desde “arriba” y desde el centro se trataba de ordenar, a partir de grandes ejes, la política estatal. De esta manera, el clientelismo solucionaba demandas de manera dispersa y pragmática e incorporaba unas bases sociales a esa política, pero por el otro, en virtud de su desarticulación de las grandes decisiones nacionales, se mostraba incapaz de suscitar esferas de encuentro de sus redes de apoyo de donde surgieran “mundos discutidos y en común” y políticas públicas realmente consensuadas. En general, las bases participaban de manera informal en las discusiones sobre cuestiones nacionales —estaban ampliamente politizadas—, pero cuando excepcionalmente buscaron pronunciarse de manera organizada y modificar las decisiones, ellas fueron devueltas al lugar del coro: para repetir, sin modificaciones, las grandes arias cantadas por los tenores principales.

En últimas, esta inclusión partidista / exclusión cultural generaría un mensaje de “doble vínculo”<sup>23</sup>, o si se quiere, una comunicación “paradójica”: en la construcción práctica de las redes políticas, la regla acuñada fue “todos los colombianos (varones) deben participar en política”. Esta invitación / imperativo a participar se cumplió, y politizó a amplios sectores colombianos. Sin embargo, contradiciendo este primer mandato, las elites aplicaron implícitamente otra regla en los procesos de toma de decisiones del

<sup>21</sup> En general, la política es una actividad que organiza relaciones entre elites y seguidores. Esta distinción parece ineludible en sociedades complejas y masivas. Sin embargo, sin evadir el carácter elitista que conlleva una relación de representación, el círculo de dirigentes puede ser abierto y fluido, autorizado por vía de procedimientos democráticos como elecciones y rendición de cuentas, o acendradamente cerrado y aristocrático en la medida en que las elites basan su autoridad en criterios de sangre o privilegio. En el caso de Colombia, la autoridad se fundó no sobre criterios de fortuna o propiedad, sino de educación (letrados), costumbres (“cultas”), sexo (varones) y raza (blancos).

<sup>22</sup> Analizando el período que antecede la Violencia en los años cuarenta del siglo XX, Alexander Wilde caracteriza a la democracia colombiana como una de tipo oligárquico donde las elites políticas se mantienen unidas a pesar de sus diferencias, gracias al espíritu “convivialista” que las anima y que protege sus intereses. Wilde, Alexander. Ob. cit., pp. 28-81.

<sup>23</sup> “El doble vínculo (...) puede ser considerado como una forma de comunicación que transmite y mantiene un reto del cual no se puede salir y que no tiene fin. Este modo de comunicación puede ser resumido de la siguiente manera: a nivel verbal, un mandato es enunciado. Este mismo mandato es luego descalificado a un segundo nivel (usualmente no verbal). Al mismo tiempo, otro mensaje se produce prohibiendo que se comente la incongruencia existente entre los dos niveles y prohibiendo que se abandone el campo comunicativo”. Selvini, Mara; Boscolo, Luigi; Cecchin, Gianfranco y Prata, Giuliana. *Paradox and Counter-Paradox*. Londres: Jason Aronson Inc., 1990, p. 31.

Estado: "La política es una cuestión de, para y sobre caballeros".

#### SEGUNDO MOMENTO (1920-1986):

##### DISOLUCIÓN ANÓMICA DE LAS FRONTERAS

Como ya se ha mencionado, en ciertas coyunturas críticas, los sectores populares, aquellos incluidos en la política profana "no guardaron su lugar" y desobedecieron el segundo imperativo, aquel que encerraba las grandes decisiones políticas en los salones de la alta sociedad. A mitad del siglo XIX los artesanos, organizados, se sublevaron contra las políticas librecambistas impulsadas por las elites. Inspirándose en los idearios romántico-socialistas europeos, disputaron a las dirigencias su capacidad de decidir. A finales de ese siglo, de nuevo se sublevaron para protestar contra la manera denigrante en que fueron representados en los periódicos de las elites conservadoras santafereñas. En todos estos intentos, encontraron un respaldo político en las corrientes igualitaristas presentes en el liberalismo, pero en todas estas iniciativas también fueron derrotados<sup>24</sup>.

Entrado el siglo XX, durante la década del veinte cuajaría de nuevo una desobediencia venida desde abajo. La Revolución Rusa y sus ideales serían, como los de la Revolución Francesa de finales del siglo XVIII, una fuente de inspiración para las revueltas populares. Sus discursos, sus programas, sus emblemas, así fuera de manera fragmentaria, circularían por América Latina. El país no sería la excepción. Es en esta época cuando se funda el Partido Socialista Revolucionario, del cual se desprendería unos años más tarde el

Partido Comunista Colombiano. Ligas campesinas, organizaciones obreras, periódicos, mítines, encuentros nacionales, darían origen a un polo político alterno al liberalismo y al conservatismo. Este polo no sólo propondría arreglos políticos distintos, sino también una representación cultural del pueblo y la ciudadanía mucho más igualitaria que la que aún regía<sup>25</sup>.

A pesar del ciclo de movilizaciones que antecedió la alternancia partidista de los años treinta—después de dos décadas de hegemonía conservadora, los liberales regresaron al Palacio de San Carlos—, estos intentos por transgredir el régimen se vieron frustrados. Por un lado, la corriente liberal que respaldaba la *Revolución en Marcha*, el programa promovido por Alfonso López Pumarejo, se vio primero aislada y después derrotada en el seno de su propio partido<sup>26</sup>. Una vez más, como en el siglo XIX, las elites más radicales del liberalismo fueron abandonadas a su propia suerte, mientras se reformulaba una alianza de las dirigencias de ambos partidos para mantener las barreras de entrada a la gran política y proteger los intereses de quienes, desde la sombra, dominaban la cúspide de las cadenas clientelares<sup>27</sup>.

Por otra parte, repitiendo el gesto de épocas críticas anteriores<sup>28</sup>, y de nuevo presa de la confusión promovida por ese estar adentro y afuera, la dirigencia de izquierda unió su destino a la del Partido Liberal, y en particular a la corriente lopista. Sin distancia suficiente frente a esta fuerza, el Partido Comunista corrió la misma suerte de su aliado: la derrota y el aislamiento.

<sup>24</sup> Aguilera, Mario y Vega, Renán. Ob. cit. y Sánchez, Gonzalo. *Ensayos de historia social y política del siglo XX*. Bogotá: El Áncora Editores, 1985.

<sup>25</sup> Ídem y Sánchez, Gonzalo. "El imaginario político de los colombianos". En: *Magazín Dominical de El Espectador*. No. 359, 11 de marzo de 1990, pp. 17-20.

<sup>26</sup> Wilde, Alexander. Ob. cit. El propio Presidente López reconocería en su mensaje al Congreso en 1945 que la oposición a su proyecto había provenido de fuerzas tanto externas como internas al propio liberalismo: "Mi primer gobierno tomó la iniciativa de proponer al Congreso Liberal la enmienda constitucional y entonces se vio, fácilmente, cómo no era cierto que los voceros del liberalismo estuvieran tan distanciados filosófica y jurídicamente del pensamiento original de 1886, como parecían estarlo o creerlo...". Citado en: Tirado, Álvaro. "Colombia: Siglo y medio de bipartidismo". En: Varios autores. *Colombia Hoy*. Bogotá: Siglo XXI Editores, 1979, pp. 102-186 y 147.

<sup>27</sup> Así los grandes terratenientes y comerciantes no hicieran ellos mismos política, y así la política desplegara dinámicas propias que no respondían a su voluntad, las redes clientelistas sí conectaban los mundos de las dirigencias políticas al de las elites económicas.

<sup>28</sup> En 1922, Benjamín Herrera, líder liberal, se propuso recuperar para su partido las bases urbanas que se estaban deslizando hacia el Partido Socialista. "La plataforma de Herrera satisfizo las aspiraciones del Partido Socialista. En consecuencia este directorio, gustoso, con el mayor entusiasmo y decisión apoya al candidato del liberalismo...". Declaración del Directorio Municipal Socialista de Bogotá. Citado en: Tirado, Álvaro. Ob. cit., p. 143.

Jorge Eliécer Gaitán, el gran líder liberal-populista asesinado en 1948, también contribuyó a derruir las fronteras entre ambas esferas políticas. Además de ser mestizo —fue apodado por algunos como el “negro” Gaitán—, su discurso populista, su estilo y su oratoria, cuestionaban las viejas formas de distinción con las que las elites políticas, los “jefes naturales”, pretendían diferenciarse de la “chusma” y el “populacho”. Después de Gaitán, la frontera entre gran política y política habitual perdería su aura sacra y se convertiría en una barrera, ya no “natural” sino política, y por tanto franqueable<sup>29</sup>.

A los de abajo, Gaitán con su llamado al Pueblo (en mayúsculas), les otorgaría un lugar distinto en el ordenamiento político. En su discurso, los sectores populares dejarían de ser las bases y pasarían a ser sujetos de primer orden, y en la práctica adquirirían conciencia de su propia fuerza. En lenguaje actual, el líder, con su cadencia y su estética, lograría “el derecho al reconocimiento” del pueblo: asumido como distinto de las elites, ese pueblo ya no sería nombrado con miedo o con desprecio, sino con respeto y aprecio. Su diferencia ya no sería justificación de desigualdad. Por el contrario, el líder dignificaría con su discurso a “los de abajo”, y les haría sentir que la gran política, la de las decisiones sobre el Estado, el derecho, el modelo de desarrollo también les pertenecía.

El asesinato del líder dejaría trunca la esperanza de reparación histórica que su presencia representaba, y su muerte desencadenaría la Violencia, período que paradójicamente reinstauraría las barreras entre la gran política y la política del día a día: el campo, sumido en conflictos violentos, adquiriría una dinámica propia, mientras en la ciudad las elites políticas trataban de recomponer su orden, aquel que había sido trastocado.

Los procesos de secularización gradual promovidos por la urbanización, la expansión de la educación, la consolidación de medios masivos de comunicación y las transformaciones en las relaciones de género<sup>30</sup> se cruzaron a finales de los cincuenta con la ingeniería institucional que puso en

pie el Frente Nacional. Bajo el influjo de estos cruces, los muros que hasta ese entonces separaban la gran política y la política profana se siguieron resquebrajando. Ser letrado, blanco y varón dejarían de ser rasgos ineludiblemente asociados entre sí, y cesarían de marcar una diferencia y servir como criterios de distinción. Dos intentos, tan fallidos como los del MRL y la Anapo, vendrían fugazmente a cuestionar el pacto y los equilibrios políticos instituidos entre liberales y conservadores.

Además, como en ocasiones anteriores, un evento internacional —la Revolución Cubana— tendría amplias repercusiones sobre la política nacional. Al ciclo de movilizaciones sociales de finales de los sesenta le correspondería la eclosión de una variada gama de fuerzas políticas de izquierda, más centradas en sus diferencias que en sus similitudes. Competiendo más entre sí que con liberales y conservadores, muchas de ellas naufragarían luego de algunos años. Otras, articulándose a resistencias armadas, optarían por la vía revolucionaria, justificando la opción armada por el carácter represivo y cerrado del régimen, olvidando que la fuerza no puede sustituir a la política, y que cuando lo hace, la arbitrariedad termina remplazando a la revolución. En esta ocasión, “el pueblo” se tornó en sujeto central de muchos discursos claramente diferenciados de las propuestas liberales y conservadoras, pero éstos, en lugar de fundarse en concepciones democráticas del poder, optaron ciegamente por refrendar los caminos autoritarios de la transformación política. Más que liderar, estas fuerzas terminaron escogiendo los métodos impositivos, aun frente a aquellos sectores populares que pretendían representar.

#### TERCER MOMENTO (1986-2002):

##### LA REPARACIÓN EN ENTREDICHO

Las representaciones que justificaron la barrera entre la gran política y la política profana fueron las que en su empuje democratizador las corrientes modernizadoras que impulsaron la descentralización y la Constitución de 1991 trataron de desban-

<sup>29</sup> Braun, Herbert. Ob. cit. Sharpless, S. *Gaitan of Colombia: a political bibliography*. Pittsburgh: Pittsburgh University Press, 1978; Wills, María Emma. “El Populismo: un péndulo entre la esperanza y la decepción de las masas en América Latina”. Monografía de grado para obtener el título de maestría en Ciencia Política. Montreal: Universidad de Montreal, 1992.

<sup>30</sup> “Mientras en 1951 el 61% de la población vivía en el campo, en 1984 esta proporción se redujo al 30% (...) En 1950 el 43% de la población era analfabeta; a principios de los años ochenta esta proporción se redujo al 15%. A comienzos del Frente Nacional, había en las universidades públicas y privadas 18.607 hombres matriculados y 3.623 mujeres; en 1973, había 113.089 varones y 39.734 mujeres (...) Para 1989, el total de estudiantes universitarios era de 474.787 matriculados; de éstos, 245.340 son mujeres (51,7%) y 229.447, varones”. Velásquez, Magdala. “Elementos para una reflexión histórica sobre la condición de las mujeres colombianas a fines del siglo XX”, sin publicar, s.f.

car definitivamente. Sus gestores le apuntaron a una ampliación democrática por distintas vías. En 1986, la apuesta tuvo que ver con modificaciones a la estructura vertical de la Rama Ejecutiva; después, en 1991, los constituyentes redefinieron a la Nación colombiana como “multicultural” y “multi-étnica”, e instituyeron nuevos dispositivos de participación.

En parte, los objetivos se lograron: la elección popular de Alcaldes (1986) y luego la de Gobernadores (1991) terminó por enterrar la barrera entre las dos esferas. Las nuevas reglas, aún hoy vigentes, permiten que líderes municipales y de provincia dejen de depender del centro para obtener avales, competir en las contiendas electorales y ocupar los cargos del Ejecutivo local y regional. Esta flexibilización en las barreras de entrada al ruedo político explica en parte el aumento de listas que compiten en cada jornada electoral y la desconexión que impera entre los distintos niveles<sup>31</sup>. De esta manera, la simultaneidad en los cambios culturales y las transformaciones en las reglas de juego político sí han promovido la masificación de la actividad política que, bajo su influjo, deja de ser el reinado de, para y sobre caballeros.

Sin embargo, masificar no quiere decir necesariamente democratizar. Nuevas reglas que flexibilizan las barreras de entrada no implican de por sí la incorporación de voces disidentes o de oposición, organizadas y capaces de hacerle un

contrapeso a los partidos tradicionales. Por esto la pregunta realmente relevante en este caso es si la masificación de la actividad política ha promovido una apertura del régimen colombiano en términos de la llegada de nuevos actores a la escenografía política. Y la respuesta es que sí ha habido una apertura, pero que ésta no deja de tener un tinte de mediocridad.

En lo relativo a las alcaldías, a pesar de que las “terceras fuerzas” se han abierto paso —con fluctuaciones<sup>32</sup>—, los datos demuestran que ellas no logran afianzarse, confluir en torno a una agenda común y mostrar una continuidad en el tiempo<sup>33</sup>. A excepción de la Alianza Social Indígena, el Movimiento Cívico Independiente y el Movimiento Nueva Colombia, los demás alcaldes no bipartidistas han sido flor de un día<sup>34</sup>. En el Senado de la República, donde hoy la competencia se define por circunscripción nacional, los resultados tampoco son más alentadores. Aunque la Alianza Democrática M-19 descrestó con la votación que obtuvo en 1991, y en las elecciones del año 2002 Antonio Navarro obtuvo la segunda mayor votación, y hoy los colombianos tenemos un Senado donde la voz de un Carlos Gaviria o un Jesús Piñacué se pueden oír, los resultados electorales revelan “más continuidad que cambio”, en la medida en que “los partidos tradicionales siguen dominando la escena política”<sup>35</sup>. En general, las tercerías se han comportado como “grupos dispersos que, con pocas excepciones, no [han tenido]

<sup>31</sup> En el caso del Senado, el número de listas presentadas a las elecciones, pasó de 143 en 1991 a 319 en 1998. En las elecciones de 2002 se presentaron 8 listas menos que en 1998. Para la Cámara de Representantes, en 1991 se presentaron 486 listas y en 2002 906 listas. Véanse Ungar, Elisabeth y Ruiz, Germán. “¿Hacia la recuperación del Congreso?”. En: Dávila, Andrés y Bejarano, Ana María (compiladores). *Elecciones y democracia en Colombia, 1997-1998*. Bogotá: Fundación Social - Departamento de Ciencia Política - Universidad de los Andes, 1998, p. 205; y Vargas, Mercedes. “Los problemas de la representación política en Colombia”. Monografía de grado para optar al título de maestría en Estudios Políticos. Bogotá: IEPRI - Universidad Nacional de Colombia, 2002.

<sup>32</sup> Los resultados de las terceras fuerzas en las alcaldías han sido más bien erráticos. En 1992 presentaron su mejor desempeño al obtener el 28,8% del total de alcaldías, para en las elecciones de 1994 descender al nivel más bajo en el período 1988-1997, al ganar las alcaldías de apenas el 10,3% de los municipios del país. Véase Querubín Cristina; Sánchez, María Fernanda y Kure, Ileana. “Dinámica de la elección popular de alcaldes, 1988-1997”. En: Dávila, Andrés y Bejarano, Ana María. Ob.cit., pp. 117-140.

<sup>33</sup> Los resultados de las elecciones municipales del año 2000 muestran las divisiones dentro de fuerzas políticas, tradicionales y nuevas: “Mientras el 28,5% de las alcaldías que obtuvo el conservatismo se distribuye entre cinco fracciones del partido y el 28,5% liberal entre cuatro, el 21% de los gobiernos municipales alcanzados por las terceras fuerzas se reparte entre 35 partidos y movimientos distintos”. García, Miguel. “Elecciones municipales. Bipartidismo, un paso atrás”. En: *UN Periódico*. No. 16, 19 de noviembre de 2000, p. 8.

<sup>34</sup> García, Miguel. “Diez años de la elección popular de alcaldes. El poder de las terceras fuerzas”. En: *UN Periódico*, No. 15, 15 de octubre de 2000, p. 5.

<sup>35</sup> Rodríguez, Juan Carlos. “¿Cambiar todo para que nada cambie? Reforma política y adaptación: un análisis de la circunscripción nacional para Senado”. En: Varios autores. *Degradación o cambio. Evolución del sistema político colombiano*, Bogotá: Norma-IEPRI, 2002.

que responder de nada a nadie ni [han] involucrado un proyecto político de largo aliento”<sup>36</sup>.

Ahora bien, ¿por qué la flexibilización en las reglas de acceso no ha auspiciado la aparición de una fuerza política de oposición? ¿Por qué, a pesar de los esfuerzos y las buenas intenciones, no hay cambios sustantivos en la política colombiana? Las razones que aquí se quieren destacar son cuatro. La primera tiene que ver con el legado del modelo anterior que todavía deja su impronta en la coyuntura actual; la segunda, con un elogio de la diferencia, desarticulado de cualquier intento de recomponer una “unidad-en-la-diversidad”; la tercera, con una sobrevaloración de la dimensión participativa de la democracia en detrimento de la representativa, y por último, porque el nuevo modelo de desarrollo, así no lo queramos aceptar, está auspiciando regímenes de representación política que poco tienen que ver con aquel que inspiró a los reformadores de 1986 y a los constituyentes de 1991.

En cuanto a lo primero, ya se dijo: el clientelismo como mediación entre Estado y sociedad integró históricamente a los sectores populares al mundo político, pero a la vez impidió que ellos construyeran “mundos discutidos y puestos en común”. Esos sectores, que fueron a las guerras y a las urnas por prebendas pero también por idearios, quedaron a mitad de camino entre una exclusión a medias y una representación trunca. Cuando estos sectores movilizados por distintas redes políticas se pronunciaron de viva voz, las elites de ambos partidos decidieron ignorarlos y ubicarlos en las bases de una pirámide de eslabones jerárquicamente organizados. En una frase algo lapidaria, las circunstancias se podrían resumir diciendo que el clientelismo los integró pero a la vez los dividió y los subordinó. Hoy, parece como si las derrotas infligidas en otras coyunturas, combinadas con el recuerdo de gestas heroicas, tuviesen atrapados a muchos electores en un mundo donde el único horizonte imaginable es aquel impuesto por los arreglos históricamente decantados. “Más vale viejo conocido que nuevo por conocer”. Más vale el

viejo pacto clientelista –que algo ha reportado–, que un salto al vacío.

El segundo motivo tiene que ver con la eclosión de la diferencia en estas épocas. Hoy, existen representantes de los evangélicos, las negritudes, los indígenas, los raizales, las mujeres. Dejando la tediosa (imputada) homogeneidad del pasado, la diversidad se expresa vía elecciones. Es necesario celebrar esta diversidad que permite a grupos subordinados, y no por su origen de clase, expresar su indignación y reclamar su derecho a ser reconocidos como distintos.

Sin embargo, la diversidad, en su reclamo de especificidad y en su pelea con un marxismo economicista, ha tendido a verse como un criterio ajeno a la clase. Esta desarticulación entre las variables de clase, raza, género o generación, ha sido reforzada por el descrédito que afectó a los regímenes comunistas asociados con un proyecto clasista luego de la caída del Muro de Berlín. En Colombia, además, nadie quiere hablar de clase, porque hacerlo se asociaría a una defensa de los proyectos anacrónicos que inspiran a unas guerrillas desprestigiadas y muy poco humanistas.

Es el elogio de la diversidad, desvinculado de cualquier consideración de clase, el que está de moda<sup>37</sup>. Sin embargo, al decir de un representante de una comunidad indígena del Amazonas, José Soria Saba, la estrategia de recoger la diversidad por fuera y por encima de cualquier consideración sobre condiciones materiales de vida genera sus propias contradicciones:

El Estado (colombiano) nos ve aún por pedazos y escoge sólo una parte, la que le interesa. Nos ve como poblaciones con problemas pero sin derechos a la autonomía; como base social para acciones políticas, pero sin derecho al control territorial; como posibles interlocutores de políticas regionales, pero sin participación en la definición de directrices globales; como merecedores del respeto de nuestras tradiciones culturales, pero sin tener derecho a intereses económicos.

<sup>36</sup> Gutiérrez, Francisco con la colaboración de Hoyos, Diana. “Rescate por un elefante. Congreso, sistema y reforma política”. En: Dávila, Andrés y Bejarano, Ana María. Ob. cit., pp. 215-253 y 246.

<sup>37</sup> Un ejemplo serían las declaraciones emitidas en la Primera Reunión Interamericana de Ministros y Altas Autoridades de Cultura. Los gobiernos y las entidades allí presentes declararon que América Latina es “una potencia en diversidad”, y “se proponen realizar un plan de acción que permita establecer políticas culturales comunes que protejan la diversidad” en “Política para fortalecer lo diverso”. Véase *El Tiempo*, 13 de julio de 2002, pp. 1-3.

El llamado que hace este líder sugiere que una acción política debe centrarse, no tanto en las diferencias, como en las articulaciones. Apuntando en la misma dirección que el dirigente indígena, pero esta vez refiriéndose al caso de las mujeres, Sonia Álvarez nos recuerda que nuestra mirada debe

registrar con especial cuidado las formas en que la clase y la raza son constitutivas de los intereses de género. Esto significa que la experiencia en el mundo de una mujer desde su dimensión de género no puede separarse de su experiencia en el mundo como miembro de una raza o etnia específica o una clase en particular. Por tanto, una mujer no es brasileña y negra y obrera y hembra sino que es una mujer brasileña negra y obrera. La clase y la raza y los atributos específicos al género determinan la posición social de una mujer. Por tanto, la clase y la raza deben ser vistos como componentes integrales de una identidad de género —no como características aditivas o disyuntivas— que moldean de manera crucial los intereses de género prácticos y estratégicos de una mujer<sup>38</sup>.

Es muy evidente que las discriminaciones de género, de etnia, de raza o de opción sexual no pueden ser reducidas o subsumidas en las de clase. Sin embargo, tampoco pueden ser aprehendidas *por fuera* de una condición específica de clase. Porque es distinto ser mujer estrato seis, que ser mujer estrato uno; y es distinto ser indígena acomodado que indígena acorralado, o raizal empleado que desempleado. Si hay algo de común entre esta diversidad, es esa posibilidad de sentirse pertenecientes a un mismo universo de gentes en busca de sus derechos, tanto económicos como políticos.

Pero además de la necesidad de recuperar el potencial explicativo y político que encierra la categoría de clase, las dirigencias de estos movimientos deben resolver sus diferencias y sus rencillas aplicando procedimientos democráticos. Además de los obstáculos peculiares a la historia colombiana, el potencial emancipador de la interpretación de clase abortó porque se fundó en una premisa errada: asumió que había un sujeto central —los obreros— que podían por su sola condición económica representar a todo el campo popular. Si lo popular ha de retomar fuerza como aglutinador, debe ser sobre bases más democráticas que no asuman que hay “liderazgos naturales”

que le otorgan a unos ventajas sobre otros.

En tercer lugar, las nuevas reformas vinieron acompañadas de una supervaloración de la democracia participativa y de una devaluación de la representativa. Y resulta que la una no puede operar sin la otra. Por esta razón, para superar la participación desagregada e inocua heredada del andamiaje institucional y cultural anterior, es necesario tejer ante todo “mundos-en-común” (es decir, representaciones) que permitan llevar a la arena política no sólo reclamos dispersos, demandas atomizadas y denuncias estridentes, sino sobre todo proyectos políticos de alcance nacional. En este sentido, la experiencia posterior a la Constitución de 1991 hace visible los propios límites de la participación: aunque sin ella la democracia se vacía de contenido, su existencia no es suficiente para garantizar que el régimen democrático opere adecuadamente. Además de participación, la democracia se nutre de representación, es decir de la invención de proyectos colectivos, que son mucho más que la sumatoria de expectativas individuales o de preferencias expresadas en encuestas, porque justamente permiten imaginar futuros compartidos.

Por último, los nuevos aires económicos y sociales que acompañan la aprobación de la nueva Carta Constitucional no son muy acordes al modelo político allí propuesto (democracia participativa articulada a democracia representativa). El viejo modelo liberal de representación política que acompañó el advenimiento capitalista —sociedad civil organizada expresa intereses, demandas, valores, normas articulados en programas de partidos que se cristalizan en proyectos de desarrollo y de Estado— no parece encontrar las condiciones necesarias para seguir operando. Por un lado, la legislación laboral y las nuevas regulaciones arancelarias y comerciales que acompañan el nuevo modelo de desarrollo económico dan al traste con la posición preferencial que ocupaba la clase obrera y un empresariado nacional. En su lugar, actores globales —por ejemplo, el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial— se transforman en interlocutores determinantes para los gobiernos nacionales. Muchas decisiones cruciales se toman en foros que ponen en juego, no a los partidos, los sindicatos, los gremios de tal o cual país, sino a gobiernos con agencias multilaterales. En esta medida, la transición hacia un

<sup>38</sup> Álvarez, Sonia. *Engendering Democracy in Brazil. Women's Movements in Transition Politics*. Princeton: Princeton University Press, 1990, p. 26.

nuevo modelo económico sugiere una pérdida de poder en el nivel nacional.

En medio de estos cambios, se generaliza el discurso de la antipolítica, aquel que culpa a los partidos y a los políticos de los descalabros actuales, y que le abre la puerta a la aparición de líderes milagrosos. Ellos, alzándose por encima de la historia, establecen una relación plebiscitaria con unas masas desconcertadas que esperan su redención de una mano providencial. Para conservar sus credenciales democráticas, estos regímenes mantienen los rituales electorales y los dispositivos de refrendación de decisiones tomadas desde arriba por el líder y su rosca. Lejos queda la división y el equilibrio de poderes, la rendición de cuentas de los mandatarios, el respeto a las libertades civiles y políticas y a un Estado de derecho. En este clima, el significado de la participación se reduce a depositar un voto o a dar un sí en un referendo. Colombia, a pesar de sus singularidades, no podía escapar a los nuevos vientos que corren por el continente.

Son estas razones las que explican el resultado mediocre que dejan los últimos intentos reformadores. Para que la fragmentación que reina en el campo de los "nuevos" fuese remplazada por los gérmenes de una comunidad política democrático-popular, se tendrían que producir desplazamientos conceptuales que encuentran francamente un clima adverso.

Finalmente, muchos lectores se preguntarán por qué en estas páginas no se ha mencionado el papel que ha jugado y juega la Violencia, las violencias y ahora la guerra, en el devenir político colombiano. El silencio sobre las violencias responde a una opción consciente de querer relevar

dimensiones que hoy se oscurecen en muchos análisis por estar demasiado centrados en coyunturas más recientes o en otro tipo de explicaciones. Además, el trabajo ha querido demostrar, de manera oblicua, cómo los ciclos de violencia en los que, por momentos, se ha sumido Colombia, responden en parte a la construcción de unas lógicas de *participación política masiva sin representación o con representación trunca*. Los múltiples conflictos que alimentan los ciclos de violencia no se resuelven definitivamente si no alcanzan una expresión política articulada.

La tesis fuerte que se ha reiterado a lo largo de estas páginas es que los intentos por condensar un proyecto alternativo al bipartidismo han quedado frustrados por la propia fugacidad de los esfuerzos, por ese estar simultáneamente fuera y dentro de los sectores populares, y por el papel que el Partido Liberal desempeñó en la constitución de una memoria política de estirpe igualitaria. Atrapados aún en ese pertenecer y no pertenecer, los otrora excluidos se incorporan hoy a la gran política a través de redes partidistas que tramitan demandas de manera dispersa. En la actualidad, además, la diversidad oscurece la preocupación por la equidad, y las nuevas claves políticas del momento son adversas a cualquier intento de recomposición de una unidad fundada en la clase.

Así las cosas, sin una oposición sólida, más que dirigir<sup>39</sup>, el liberalismo y el conservatismo copan hoy, gracias al clientelismo, el espacio político. Esta situación, que a primera vista parecería circunstancial, es producto de trazos de largo plazo que tienen que ver, entre otras, con las características de la relación entre política y cultura esbozadas a lo largo de estas páginas.

<sup>39</sup> Una fuerza política logra dirección ético-política cuando sus contrarios, fuertes ideológicamente, le exigen que perfile un programa convincente y superior al de los demás. Sin esta dialéctica, los partidos se disuelven en minucias y no logran convertirse en orientadores nacionales. Esta reflexión es cercana a la que hace Gramsci sobre la hegemonía. Gramsci, Antonio. Ob. cit.